

A woman in a red sari is walking down a wide, multi-level stone staircase. The staircase is built into a wall of weathered, light-colored stone. In the background, another woman in a colorful sari is visible on a higher level of the stairs. The scene is set in a traditional Indian architectural style, with arched niches in the wall. The overall atmosphere is one of quiet, everyday life in a rural or semi-rural setting.

El olor de la India
Pier Paolo Pasolini

Rebelde y polémico, apasionado revolucionario, sin miedo ni tapujos, Pasolini destaca en el siglo XX europeo por su conciencia crítica y una aguda inteligencia lírica. Pensador contra el mundo burgués que le tocó en suerte (enfrentado tanto al Partido Comunista Italiano –al que nunca renunció– como a la ortodoxia gris del universo católico italiano de posguerra), su figura se alza, majestuosa, igual que este libro de viajes, en un mundo –el actual– presidido por la indiferencia.

Índice

Prólogo: Las cenizas de Pasolini

El olor de la India

Paseo por Ajanta

Carta desde Benarés

En torno a «El olor de la India»

La experiencia de la India

PRÓLOGO

LAS CENIZAS DE PASOLINI

*Lo scandalo del contraddirmi, dell'essere
con te e contro te; con te nel cuore,
in luce, contro te nelle buie viscere;*

PIER PAOLO PASOLINI, *Le ceneri di Gramsci*
(1954)

Dueño de una conciencia libre, heterodoxa y crítica, que navega entre mundos diversos, poeta de voz dialectal y culta, popular y académica, lápiz o cámara, escritor y director de cine, artista y filósofo inmerso en una gris realidad burguesa que le martiriza, Pier Paolo Pasolini (Bologna, 1922 - Ostia, 1975) es una de las personalidades más singulares y valientes –un atrevido iconoclasta– de la cultura italiana del siglo XX y, por extensión, del siglo europeo. Delgado, pelo moreno, gabardina clara, manos en los bolsillos, observa, atento, la cabeza ligeramente inclinada, la tumba de Gramsci: otro maldito. La fotografía es reveladora. Combatiente contra la arrogante burocracia del PCI, el más grande partido comunista de Europa occidental, aparece en la famosa instantánea del cementerio recogido, como si meditara, sereno. Combatiente, obvio, contra la arrogante Democracia Cristiana, todopoderosa fuerza política católica, contra Dios y la mafia, combatiente contra el Orden, sea cual sea su forma, sagaz polemista, articulista brillante, en este libro, *El olor de la India*, descubrimos el rostro de un hombre curioso, un viajero que camina por las sendas perdidas de un país infinito, un observador que camina por las sendas recobradas de un país mágico: un paseante consciente. «En la India la vida tiene los caracteres

de la *insoportabilidad*: no se sabe cómo es posible resistir comiendo un puñado de arroz sucio, bebiendo un agua inmunda, bajo la amenaza constante del cólera, del tifus, de la viruela, hasta de la peste, durmiendo en el suelo o en viviendas atroces».

Pasolini, inmenso, inmensamente vivo, omnipresente (y discreto) en sus planos y sus versos, en la caricia de sus palabras, metáforas, y en las delicadas caricias tecnológicas de las cámaras que se olvidan de su ser mecánico en la proximidad de un cuerpo, en los vidriosos ojos de un viejo agonizante, en el amanecer bordado de miedo de una niña, de un joven. Pasolini, vagabundo por el tiempo sin tiempo de la India, por el cenagal de las emociones, por el inmóvil (en apariencia) discurrir de la existencia, los cadenciosos ríos y los hoteles con ventilador en el techo, siente el paisaje, el calor y la humedad como una revelación materialista, profunda y agria, de estar presente: «un enjambre de moscas». Ateo y espiritual, de una espiritualidad terrenal, humana, que le une a la tierra con lazos de esparto, como intuyó en *El Evangelio según San Mateo* (1964), el viajero italiano ve en la India, fogonazo de incienso, la reencarnación de una magia blanca y de una espiritualidad sin dioses o con dioses lejanos, animales convertidos en estatuas, coronas de flores y agua en vasijas rojas, naranjas, y santones de largas barbas blancas, la mirada perdida en el cielo, ignorados o venerados, según el aire del mar o de la montaña, que le subyuga hasta el delirio del temor, el candor y la belleza. Pese a las naturales incomodidades del entorno, Pasolini se siente humano en la India, percibe su sangre corriendo por venas inflamadas por el calor: siente que es parte de algo indefinible, imposible, inimaginable.

Esta obra, *El olor de la India*, apareció en Milán en 1962. Es posible que hoy, industrializada, globalizada, una parte del país, Pasolini afirmara cosas diferentes pero en su momento, pensó que el país estaba compuesto por

«un enorme subproletariado agrícola, bloqueado desde hace años en sus instituciones por el dominio extranjero: ello ha logrado que dichas instituciones se conserven, y, al mismo tiempo, por culpa de una conservación tan forzada e innatural, degenerasen». Su certero análisis marxista de la realidad, heredero de su formación inicial y militancia política, no impide, antes al contrario, una cálida complicidad con las gentes, con los «miles de harapientos» que circulan por las calles, famélica muchedumbre errante que sigue la estela de los turistas hasta las inmediaciones de los hoteles. Humano hasta el desgaste de su condición – no ha cumplido cuarenta años y arrastra, a veces parecería un pesado fardo, una furiosa inteligencia crítica– el autor desliza sus impresiones por cuadernos de viajes, apuntes sueltos, dispersos, que conformarán después, sentado, en reposo, el fresco delirante de un país de apariencia sobrenatural, atravesado de arrozales, salpicado por ciudades «informes y hambrientas», calles sin asfalto, muchas, demasiadas, donde niños sin niñez recogen «estiércol de vaca», el sustento del hombre, mientras jóvenes musulmanes, con un libro bajo el brazo, fantasmagóricos, musitan palabras santas en voz baja, casi imperceptible.

Deslumbrado, «la India es un enfermo de miseria, vivir en ella es maravilloso porque carece casi totalmente de vulgaridad», nuestro ciudadano europeo, nuestro intelectual europeo, hastiado de la monotonía fabril de Italia de posguerra, partida entre dos culturas de ambición hegemónica, la comunista y la católica, dos pesadas maquinarias que oprimen su espíritu libre y a las que ha renunciado para instalarse en una ácida soledad, intuye, quizás en exceso, la diversidad como encantamiento, el ruido constante del paisaje urbano como una herejía de soledades. Escribir un libro de viajes requiere un convencimiento definitivo por parte del autor: una identificación. La India, observa Pasolini, es un variado mosaico de idas y venidas, un camino a ninguna parte o un camino de conexión con la

tierra, el aire, el agua y el sol; un lugar para ser, en el primer año de la alocada década de los sesenta (1961), hombre, sentido y naturaleza a la vez. Fascinado, Pasolini encuentra en la India –es su primer viaje al país– el prodigioso encanto de las gentes, sus sonrisas de dulzura más que de alegría y la vital sensualidad de las pinturas y esculturas de Kajurao. Con una cercanía poco común, el director de obras como *Teorema* (1968) o *El Decamerón* (1971) siente emociones desconocidas, casi enigmáticas, al acercarse a una cultura antigua y distante que, sin embargo, percibe afín, pese a la lejanía, a su sentido, casi moral, de la belleza. Un viaje inolvidable, ético y estético, de encuentros y comentarios, trenes y coches, de burgueses y proletarios, campesinos y mendigos, junto a Alberto Moravia, complementario dúo de perspectivas, al que se incorporaron después Elsa Morante y algunos otros amigos. De ese recorrido salió este *El olor de la India* y *Una idea de la India* de su compañero de ruta, el romano, mundano y existencial al tiempo, Alberto Pincherie, llamado Moravia.

Crónica de un amor, de una pasión violenta, a modo de enamoramiento, estas páginas son más que una invitación a un territorio, más que una inmersión en la religiosidad del universo hindú, más que el descubrimiento de un espacio imaginario donde realidad y ficción, por extraño que parezca, surgen, de repente, al doblar una esquina o en el quicio de cualquier oscuro barracón, lavando ropa en la orilla de un riachuelo o en un éxtasis. Este texto, además, permite un acercamiento a la figura de su autor –retrato con sombras en Benarés, noches de sueño en Bombay–, una proximidad sublime que se hace evidente en las descripciones, teñidas por los sentidos del poeta. «El mar está plácido, no da señales de su presencia. A lo largo del parapeto que lo contiene hay coches aparcados, y, cerca de estos, esos seres fabulosos, sin raíces, sin sentido, llenos de significados dudosos e inquietantes, dotados de

una fascinación poderosa, que son los primeros indios de una experiencia que quiere ser exclusiva, como la mía».

La literatura de viajes, por llamarla de alguna manera rápida, está plagada de obras interesantes que aproximan al lector a parajes ignotos, deslumbrantes. Esta narración, *El olor de la India*, al tiempo, es una llave maestra que abre el cajón donde se guardan todos los libros de Pasolini (artículos, poemas y novelas) y sus películas. Una obra llena de verdad y sentido; ardiente, sensual, política y social. Dramáticamente humana.

OLGA ZALIKHOVA

San Petersburgo-Leningrado, enero 2013.
Texto traducido del ruso por María Toledano

EL OLOR DE LA INDIA

I

Penoso estado de excitación al llegar. La Puerta de la India. Corte, naturalmente fantasmagórico, de Bombay. Una enorme multitud que viste toallas. Moravia se va a la cama: exhibición mía de intrepidez al aventurarme en la noche hindú. La dulzura de Sardar y de Sundar.

Es casi medianoche, hay en el Taj Mahal el aire de un mercado que está cerrando. El gran hotel, uno de los más conocidos del mundo, atravesado de un lado a otro por pasillos y salones altísimos (parece que uno esté dando vueltas por el interior de un enorme instrumento musical), está lleno solamente de *boys* vestidos de blanco y de porteros con turbante de gala que aguardan el paso de taxis equivocados. No viene al caso, oh, no viene al caso irse a dormir a esas alcobas grandes como dormitorios de colegios, llenas de muebles de un triste modernismo tardío, con ventiladores que parecen helicópteros.

Son las primeras horas de mi estancia en la India y no sé dominar la bestia sedienta encerrada en mi interior como en una jaula. Convenzo a Moravia para que demos por lo menos unos pasos fuera del hotel y respiremos un poco del aire de la primera noche india.

Salimos, por lo tanto, a la estrecha calle sobre el mar que corre detrás del edificio, a través de una salida secundaria. El mar está plácido, no da señales de su presencia. A lo largo del parapeto que lo contiene hay coches aparcados, y, cerca de estos, esos seres fabulosos, sin raíces, sin sentido, llenos de significados dudosos e inquietantes, dotados de una fascinación poderosa, que son los primeros indios de una experiencia que quiere ser exclusiva, como la mía.

Son todos mendigos, o esa clase de personas que viven a la vera de un gran hotel, conocedores de su vida mecánica y secreta: llevan un harapo blanco alrededor de las caderas, otro sobre los hombros, y otro que les envuel-

ve la cabeza: casi todos son de piel negra como los negros; algunos son negrísimos.

Hay un grupo bajo los pequeños soportales del Taj Mahal, hacia el lado del mar, jovencitos y chiquillos: uno de ellos es un mutilado, con los miembros como corroídos, y está tendido, envuelto en sus harapos, como si en vez de estar delante de un hotel estuviese delante de una iglesia. Los demás aguardan, silenciosos, preparados.

Todavía no comprendo cuál es su ocupación, su esperanza. Los miro apenas de soslayo, conversando con Moravia, que ya ha estado aquí hace veinticuatro años y conoce el mundo lo bastante para no hallarse en el estado penoso en que me encuentro yo.

En el mar no hay ni una luz, ni un rumor: nos encontramos casi en el extremo de una larga península, de un cuerno de la bahía que forma el puerto de Bombay: el puerto se ve a lo lejos. Bajo la pequeña muralla solo hay unas grandes barcas, distantes entre sí y vacías. A unas pocas decenas de metros, contra el mar y el cielo veraniegos, se yergue la Puerta de la India.

Es una especie de arco de triunfo, con cuatro grandes puertas góticas de un estilo *liberty* bastante severo: su mole se dibuja sobre el borde del océano Índico como uniéndolo, de manera visible, con la tierra firme, que, inmediatamente, es una explanada redonda con unos bancales oscuros, y con unas construcciones, todas grandes, floreadas y un poco estropeadas como el Taj Mahal, de un color térreo y artificial, entre pocas farolas inmóviles en la paz del verano profundo.

Junto a los perfiles de esta gran puerta simbólica, también hay otras figuras como de un grabado europeo del siglo XVII: pequeños indios con las caderas envueltas en un lienzo blanco y, sobre los rostros moros como la noche, el aro de su apretado turbante de harapos. Solo que, vistos de cerca, estos harapos son mugrientos, de una suciedad triste y natural, muy prosaica, respecto a las sugerencias fi-

gurativas de una época en la que ellos, por otra parte, se han detenido. Se trata nuevamente de jóvenes mendigos, o de gente que se las apaña demorándose por la noche en los sitios que, tal vez, de día son el centro de sus actividades. Nos miran de soslayo a Moravia y a mí, sin ocuparse de nosotros: sus ojos inexpresivos no deben de ver en nuestras personas nada que sea más prometedor. Más aún, casi se cierran en sí mismos, caminando de manera cansina a lo largo del parapeto marrón pálido.

Así llegamos hasta la Puerta de la India, que, vista de cerca, es más grande de lo que parece desde lejos. Las puertas ojivales, las paredes caladas, de ese material amarillento y mortecino, se elevan sobre nuestras cabezas con la solemnidad de ciertos vestíbulos de las estaciones nórdicas. Pero adentro, en la penumbra del arco, se oye un canto: son dos o tres voces que cantan conjuntamente, con fuerza; continuas, enfervorizadas.

La entonación, el significado, la sencillez son los de cualquier canto de jóvenes que se puede escuchar en Italia o en Europa: pero estos son indios, la melodía es india. Parece la primera vez que alguien canta en el mundo: para mí, que siento la vida de otro continente como otra vida, sin relaciones con la que yo conozco, casi autónoma, con otras leyes suyas interiores, vírgenes.

Me parece que escuchar ese canto de muchachos de Bombay, bajo la Puerta de la India, reviste un significado inefable y cómplice: una revelación, una conversión de la vida. No me queda sino dejar que canten, tratando de espiarlos desde la arista de falso mármol de la gran puerta gótica: están tendidos en el suelo desnudo, bajo la oscura capa de la bóveda ojival, y a la escasa luz lechosa que proviene de la explanada que da al mar. Cubiertos de harapos blancos sobre las caderas, y con esas cabezas negras: no se distingue su edad. Su canto está completamente

desprovisto de alegría, sigue una sola frase musical desalentada y acongojante.

Es como si todo se hubiese precipitado sobre este momento de paz cargada y sucia. Nuestra llegada a Bombay desde lo alto: montecillos fangosos, rojizos, cadavéricos, entre pequeñas charcas verduscas, y un infinito aluvión de chozas, almacenes, miserables barrios nuevos; parecían las vísceras de un animal descuartizado, esparcidas a lo largo del mar, y, sobre estas, centenares de miles de pequeñas piedras preciosas, verdes, amarillo pálido, blancas, que brillaban tiernamente; los primeros mozos de cuerda que acudieron bajo el vientre del avión: negros como demonios, envueltos en una túnica roja; los primeros rostros indios enseguida fuera del aeropuerto, los taxistas, los chicos que son sus ayudantes, vestidos como griegos antiguos; y el recorrido, como una hendidura a través de la ciudad.

Una hora de coche, a lo largo de un suburbio ilimitado, hecho todo de pequeñas barracas, montones de pequeñas tiendas, sombras de *banjan* sobre casitas indias de aristas desmochadas y completamente caladas como muebles viejos, en las que se entreveían luces; cruces en los que se aglomeraban personas descalzas, vestidas como en la Biblia; tranvías rojos y amarillos de dos pisos; viviendas modernas, enseguida envejecidas por la humedad tropical, entre jardines fangosos y casas de madera, azuladas, verdosas o simplemente corroídas por la humedad y el sol, con infinitos estratos de multitud, y con un mar de luces como si en esa ciudad de seis millones de habitantes hubiera fiesta por todas partes; y luego el centro, siniestro y nuevo, la Malabar Hill con sus palacetes residenciales dignos de Parioli,^[*] entre los viejos bungalós y la larguísima avenida junto al mar, con una serie de globos luminosos que se hundían en el mar hasta perderse de vista...

Y vacas por las calles: vacas que caminaban mezcladas con la multitud, que se acurrucaban entre los acurrucados, que deambulaban con los deambulantes, que detenían su marcha entre los que se detenían: pobres vacas cuya piel se había vuelto de barro, obscenamente flacas, algunas pequeñas como perros, devoradas por los ayunos, con la mirada eternamente atraída por objetos destinados a una desilusión sin fin. Era casi de noche y ellas se acurrucaban en los cruces, junto a algún semáforo, ante los portales de algún desordenado edificio público, montones negros y grises de hambre y desconcierto.

Incluso agitándose alrededor, la vida tenía el ritmo ralentizado de aquellas pobres bestias; había que ver con qué paciencia la gente aguardaba los autobuses en las paradas: formaban una cola con una disciplina que suizos y alemanes ni pueden imaginar, sin echarse el uno encima del otro, aislados, concentrados. Algunos vestían casi a la manera europea, con pantalones blancos acampanados, mal ajustados, y una ligera camisa blanca; otros, que eran la mayoría, se vestían con una especie de sábana entre las piernas, llena de grandes nudos sobre el vientre, con las pantorrillas, detrás, negras y completamente descubiertas; y, sobre esta sábana, una camisa o una americana europea, con el consabido harapo enrollado alrededor de la cabeza. Otros iban con largos pantalones blancos de estilo árabe, y encima con una túnica blanca transparente; otros más llevaban unos shorts amplísimos, de los que salían como badajos de campanas las negras piernas flacas, y encima, hasta casi cubrir completamente los pantalones, la flameante camisa. Las mujeres vestían todas el sari, cargadas de anillos; los saris eran de variados colores, desde los más sencillos, unos harapos, hasta los litúrgicos, de paños tejidos con viejo refinamiento artesano.